

CAPÍTULO XII

El traslado del noviciado ocasiona nuevas contrariedades al Padre Champagnat. Construcción de la casa del Hermitage

Cuando bajaba a Saint-Chamond¹, el Padre Champagnat se había fijado muchas veces en el valle donde hoy se levanta el Hermitage², y en muchas ocasiones había pensado: “Un noviciado aquí estaría muy tranquilo, y sería muy apropiado para el estudio. Con la ayuda de Dios, podremos situarnos aquí algún día.”

Sin embargo, antes de decidirse por este lugar, recorrió los alrededores con dos de los principales Hermanos para ver si existía algún sitio mejor. Después de verlo y examinarlo todo, no encontró nada más adecuado para una casa religiosa³. El vallecito del Hermitage, dividido y regado por las transparentes aguas del Gier, recortado a levante y occidente por un anfiteatro de montañas cubiertas casi hasta la cima de hierba, robles y árboles frutales, es un lugar pintoresco y de lo más ameno, sobre todo en primavera. Pero su excesiva angostura no permite el desarrollo de una comunidad demasiado numerosa. Y, por otra parte, las corrientes de aire y la persistente humedad ocasionada por las aguas, son perjudiciales a las personas débiles y de salud quebrantada por los trabajos de la enseñanza. Estas razones obligarán más tarde a llevar a otro sitio⁴ la casa principal del Instituto.

Para la prudencia humana, podría parecer una temeridad que el piadoso Fundador emprendiera, sin recurso alguno, una construcción que tantos gastos tenía que ocasionar. Sólo el terreno⁵ le costó más de doce mil francos. Por lo que, al enterarse la gente del proyecto de traslado de la comunidad y de la construcción de un gran edificio, desencadenó una nueva oleada de censuras, críticas⁶, invectivas e injurias, que superaron posiblemente las de la época más borrascosa que hasta entonces había sufrido el Instituto. La aprobación que el señor arzobispo⁷ había otorgado a la obra, y el afecto y la benevolencia con que distinguía a su Fundador, no fueron suficientes para calmar la agitación de los ánimos y la malignidad de las lenguas. Se calificó el proyecto de locura⁸, e incluso los mismos amigos del Padre Champagnat lo atacaron y lo intentaron todo para hacerle desistir. ¡Ay!, el mundo no entiende las obras de Dios, por que éstas se hallan por encima de su inteligencia oscurecida por sus pasiones; por eso las califica de locura y llama locos a quienes las emprenden. *El mundo, dice san Pablo, nos trata de insensatos*⁹. Hasta el mismo Jesucristo pasó por loco en la corte de Herodes¹⁰. Y los siervos no han de ser mejor tratados que su Maestro¹¹.

Sucedió que el beato de La Salle, fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, a pesar de la oposición de parientes y conocidos, distribuyó sus bienes entre los pobres y renunció a una canonjía en la catedral de Reims para dar ejemplo de pobreza a sus Hermanos y pertenecer por completo a Dios al no poseer nada en la tierra. Ante esta noticia, la ciudad entera lo trató de loco. Cuando la gente lo veía pasar por la calle, se encogía de hombros en un gesto de conmiseración, y decía: “¡Hay que ver adónde lo han llevado su fanatismo y terquedad.” Poco antes de renunciar a su canonjía, el piadoso canónigo entró en una iglesia e, hincado de rodillas ante Nuestro Señor, quedó sumido en fervorosa oración. Mientras se hallaba así, se presentaron dos amigos de la familia, uno de los cuales, imbuido del espíritu mundano, dijo al otro con simulada compasión:

- Ruegue a Dios por el pobre señor de La Salle¹², que acaba de perder el juicio.
- Tiene razón, le respondió el otro, pierde realmente el juicio; el del mundo, naturalmente, para llenarse del espíritu de Dios.

Ambos fundadores, cuyas obras son tan similares, presentan en éste, como en muchos otros aspectos, semejanzas sorprendentes que queremos cotejar.

“Este loco Champagnat, decían algunos de sus compañeros sacerdotes y muchas otras personas, ha perdido la cabeza. ¿Qué pretende ahora? ¿Cómo se las arreglará para pagar esa casa? Hay que ser temerario y haber perdido el juicio para cegarse de ese modo y concebir tales proyectos.”

Un librero¹³ de Lyon, que había conseguido para el Padre Champagnat un préstamo de doce mil francos para empezar las obras, se presentó en una casa parroquial de las proximidades de Saint-Chamond por asuntos de su comercio y fue invitado a comer por el párroco. Aquel día estaban reunidos en la casa varios sacerdotes.

- ¡Vaya!, le dijeron al verlo. ¡Parece que le sobra el dinero!

- ¿Qué quieren decir?

- Se rumorea que acaba de prestar doce mil francos a ese loco de Champagnat.

- No; yo no se los he prestado, pero se los he conseguido, y he salido fiador por él.

- Ha cometido un grave error.

- ¿Por qué, señores?

- Porque ese hombre es un temerario, un testarudo y orgulloso, que se ha embarcado en una empresa sin ninguna posibilidad de éxito.

- Mi concepto del señor Champagnat es mejor. Lo considero una excelente persona y espero que Dios lo bendiga.

- Imposible. Ese hombre carece de todo: no tiene preparación, ni recursos, ni habilidad. ¿Cómo quiere que tenga éxito? Acosado por sus acreedores, el día menos pensado tendrá que abandonarlo todo y salir huyendo. Ha obrado usted muy mal en salir fiador, pues con ello fomenta sus ilusiones y se expone a quedarse sin su dinero.

- Aprecio al señor Champagnat, tengo en él plena confianza y estoy convencido de que su obra seguirá adelante. Peor par mí si me equivoco; pero, de momento, no me arrepiento de haberle prestado ese servicio y sigo creyendo que nunca tendré que lamentarlo.

El Padre Champagnat no ignoraba lo que la gente decía de él. Pero le tenían sin cuidado las habladurías de los hombres y nunca tomó como norma de conducta los criterios de la prudencia humana. Por eso, aunque tenía a su cargo una numerosa comunidad, aunque pesaba sobre él una deuda de cuatro mil francos y estaba sin dinero, fiado sólo en Dios, en quien confiaba sin límites, emprendió sin miedo la construcción de una casa con su capilla, capaz para albergar a ciento cincuenta personas.

La adquisición del terreno y el costo de la construcción ascendió a más de sesenta mil francos. Había motivos para desconcertar a la prudencia humana y no debe sorprender que la ejecución de este proyecto le atrajera tantos quebraderos de cabeza. Sin embargo, para disminuir los gastos, toda la comunidad trabajó en la obra¹⁴, incluso los Hermanos de los colegios fueron llamados para colaborar en ella. Y todos rivalizaron en entusiasmo y abnegación. Nadie, ni siquiera los más débiles o enfermos, quiso permanecer al margen; todos deseaban tener la satisfacción de haber contribuido a levantar un edificio que les era tan entrañable. Pero aquí no sucedía como en Lavalla, donde la construcción fue obra exclusiva de los Hermanos. Ahora, esa labor fue encomendada exclusivamente a los albañiles¹⁵; los Hermanos se ocupaban de extraer la piedra, transportarla, sacar arena, y preparar la argamasa y hacer de peones de albañiles¹⁶.

A primeros de mayo de 1824, el señor Cholleton, Vicario general, bendijo la primera piedra. Era tal la pobreza que no tenían nada que ofrecerle para comer. El Hermano cocinero se presentó al Padre Champagnat y le dijo:

- ¿Qué vamos a hacer, Padre? No tengo absolutamente nada que ofrecer al señor Cholleton. Después de reflexionar un momento, le respondió el Padre:

- Vaya a decir al señor Basson¹⁷ que hoy voy a comer a su casa con el Vicario general.

El señor Basson, hombre acomodado y muy amigo de los Hermanos, los recibió encantado. Por lo demás, no era la primera vez que el Padre Champagnat le pedía ese favor. Se tomaba esa libertad cada vez que se veía en semejante apuro.

Para albergar a los Hermanos, el Padre Champagnat alquiló una casa vieja¹⁸ que se hallaba en la margen izquierda del Gier, frente a la que se estaba construyendo. Los Hermanos dormían casi amontonados, en un desván destartado y estrecho. Su alimento era muy sencillo y frugal. Pan, queso, unas legumbres que les mandaban ciertas personas caritativas de Saint-Chamond; y, de vez en cuando, un trozo de tocino, como algo extraordinario, y siempre agua clara como bebida. Éste era su régimen de vida. El buen Padre compartía el alimento y albergue de los Hermanos, y a menudo se quedaba con lo peor. Por ejemplo, al no encontrar en la casa un mal rincón donde poner su cama, tuvo que acomodarla en una especie de balcón expuesto a los rigores de la intemperie y protegido tan sólo por un voladizo. Allí durmió todo el verano, y durante el invierno bajó al establo. La casa se hallaba en tan mal estado que los Hermanos y el buen Padre sufrieron mucho a lo largo del año casi entero que la ocuparon.

Mientras duraron las obras, se levantaban a las cuatro. El Padre Champagnat daba la señal y, cuando era necesario, llevaba la luz a los dormitorios.

Después de levantarse, la comunidad se dirigía al centro del bosque donde había una capillita dedicada a la Santísima Virgen, erigida personalmente por el Padre. Una cómoda servía de credencia y altar; un roble, en cuyas ramas se había colgado una campana, hacía de campanario. En la capilla no cabía toda la comunidad¹⁹: sólo el celebrante, los monaguillos y los principales Hermanos; los demás quedaban fuera. Todos, arrodillados ante la imagen²⁰ de la santa Madre de Dios, oraban con tal fervor que parecían anonadados y sólo se oía el susurro de las hojas, el rumor de las aguas del torrente que discurría algo más abajo y el canto de los pájaros. Cada mañana, la comunidad se dirigía a la capilla y los Hermanos, después del rezo de las oraciones, hacían media hora de meditación y asistían a la santa misa.

Después de la comida, volvían otra vez para hacer una visita a la Santísima Virgen y por la tarde, concluían el día con el rezo del rosario.

¡Cuántas veces los viajeros que pasaban por el camino que bordea la montaña de enfrente, se detuvieron mirando a una y otra parte, intrigados por saber de dónde venían aquellas voces que unánimes cantaban con tanto entusiasmo! Eran los Hermanos que, ocultos entre los árboles y de rodillas ante el altarcito en el que se inmolaba el Cordero sin mancha, cantaban alabanzas a Jesús y María.

Después de la santa misa, cada cual iba a su trabajo y en silencio se entregaba a él según sus fuerzas. Al final de cada hora²¹, el Hermano encargado tocaba una campanilla. Todos interrumpían el trabajo, se recogían y rezaban juntos el *Gloria al Padre*, el *Ave María* y la invocación *Jesús, María y José*. Por descontado que el primero en el trabajo era siempre el Padre Champagnat. Él lo organizaba, asignaba a cada cual su tarea y supervisaba todo, lo que no le impedía realizar mayor trabajo que el más hábil de los albañiles, como lo reconocían los mismos obreros.

Como ya indicamos anteriormente, los Hermanos no construían propiamente; sólo el Padre fue autorizado a ello por los mismos obreros, porque lo hacía perfectamente²². ¡Cuántas veces le vimos trabajar él solo durante el descanso que toman los obreros a mediodía o por la tarde una vez concluida la jornada! Durante la noche rezaba el oficio, asentaba las cuentas, consignaba los jornales de los obreros, el aprovisionamiento de materiales, y preveía la labor del día siguiente. Con todo eso, se adivina fácilmente que su descanso era brevísimo.

Algo digno de destacar, y que hemos de considerar como señal de especial protección de Dios sobre la comunidad, es que el Padre Champagnat, que durante toda su vida estuvo ocupado en construcciones y empleó a los Hermanos en este tipo de trabajos, nunca lamentó desgracia alguna ni de los Hermanos ni de los obreros que contrató. Hubo, sí, numerosos accidentes que sobresaltaron a la comunidad; pero la divina Providencia, por intercesión de María, siempre nos libró de posibles malas consecuencias. He aquí varios ejemplos:

Un obrero que trabajaba a gran altura del lado del río, se cayó del andamio. Abajo había unos bloques enormes de piedra sobre los que iba a estrellarse. Pero al caer, junto con los materiales que se hallaban en el andamio, tuvo la suerte de rozar un gran árbol y consiguió asirse a una rama, quedando colgado hasta que acudieron en su auxilio. No se hizo ni un rasguño. Lo que manifiesta más a las claras la protección de Dios, es que el árbol era de madera quebradiza y la rama tan débil que normalmente no podría soportar el peso de un hombre²³.

Un Hermano joven, que hacía de peón de los albañiles en la tercera planta, pisó en un tablón carcomido, que se partió y lo arrastró en su caída. El Hermano se encomienda a la Santísima Virgen, logra agarrarse al andamio con una mano y queda colgado en el vacío. El peligro era tal que el primer obrero que acudió en su socorro no se atrevió a acercársele ni siquiera a tocarlo. Acudió otro albañil más intrépido y generoso; lo agarró de la mano y lo rescató sin más daño que un susto de muerte.

Unos diez Hermanos de los más robustos subían piedras al segundo piso. Uno de ellos, al llegar a lo alto de la escalera con un enorme pedrusco al hombro, siente que se queda sin fuerzas y se desploma; la piedra se le cae y derriba al Hermano que lo seguía. Éste, sin sospechar nada, hizo instintivamente un ligero movimiento de cabeza, con lo que la piedra, en lugar de destrozársela, le ocasionó sólo una rozadura. El Padre Champagnat, que se hallaba arriba y fue testigo del accidente, vio tan segura la muerte del Hermano que le dio la absolución. Sin embargo, no le sucedió nada, aunque le entró tanto miedo que echó a correr por el prado como un loco. El susto afectó a todos los Hermanos testigos del accidente y, sobre todo al Padre Champagnat, el cual mandó inmediatamente dar gracias a Dios por la protección que acababa de conceder al Hermano. Al día siguiente ofreció²⁴ la misa en acción de gracias con la misma intención.

* * *

Aunque agobiado por las ocupaciones, el Padre Champagnat encontraba siempre algún momento, al anochecer, o los domingos, para instruir a los Hermanos y formarlos en la piedad. Durante el verano les dio sólidas instrucciones sobre la vocación religiosa, el fin del Instituto y el celo por la educación cristiana de los niños. Para recordar a los Hermanos las enseñanzas que les había dado acerca de estos temas, les entregó un opúsculo²⁵ que resumía lo esencial de lo que les había dicho. He aquí lo fundamental:

“Los Hermanos, al ingresar en este Instituto, pretenden, en primer lugar, salvar su alma y hacerse dignos de la inmensa gloria que Dios les promete y Jesucristo les ha merecido por su sangre y muerte en la cruz.

Los principales medios que Dios les ofrece para conseguir la virtud, santificarse y merecer el cielo, son: la oración, vocal y mental, la frecuencia de sacramentos, la asistencia diaria a la santa misa, las visitas al Santísimo Sacramento, la lectura espiritual, la Regla y la corrección fraterna.

La caridad fraterna es el primer apoyo externo de los Hermanos y uno de los mejores medio para mantenerlos en el espíritu de su estado, precaver los abusos y alejar del Instituto cuanto podría comprometerlo. Así pues, los Hermanos no olvidarán nunca que, al venir a vivir en comunidad y al juntarse como hermanos, a darse buen ejemplo, avisarse mutuamente de sus defectos y ayudarse a alcanzar la salvación.

La caridad, que Jesucristo llama su mandamiento²⁶, ha de ser una de sus principales virtudes. Deben esmerarse en practicarla con todos, pero, de modo especial, con los Hermanos y los niños. Con los Hermanos, sirviéndolos siempre que se les ofrezca ocasión, ocultando o disculpando sus defectos, advirtiéndoles caritativamente, si es necesario, informando al Superior cuando el aviso fraterno no surta efecto, orando por ellos y dándoles buen ejemplo. La caridad fraterna con los niños estriba en darles la instrucción y educación cristianas. Para que esa educación sea eficaz, deberán tener en cuenta especialmente los puntos siguientes:

Explicar el catecismo mañana y tarde, y esmerarse en dar a conocer a los niños los misterios de nuestra santa religión, las verdades de la salvación y los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

Procurar que los niños se confiesen cada tres meses y prepararles con suma diligencia a la primera comunión; enseñarles a confesarse, darles a conocer las disposiciones necesarias para recibir provechosamente los sacramentos de penitencia y eucaristía, y exhortarles a acudir a menudo a esas dos fuentes de gracia y salvación.

Emplear cuantos medios pueda sugerirles su celo para inculcarles la necesidad de la oración, aficionarlos a ella y hacérsela amar; insistirles que oren siempre con atención, modestia, respeto y piedad; enseñarles las oraciones de la mañana y de la noche y las demás que se acostumbran en nuestras escuelas.

Hablarles frecuentemente de la Santísima Virgen, inspirarles confianza ilimitada en su poderosa protección dándoles instrucciones a su alcance, e infundirles auténtica devoción a María que es señal de predestinación.

Inspirarles asimismo devoción a los ángeles custodios y a los santos patronos y exhortarles a que recen a menudo por las almas del purgatorio.

Hacerles cantar diariamente cánticos religiosos, formales en el canto gregoriano, enseñarles a ayudar a misa, a participar en las ceremonias de la iglesia; utilizar recursos que puedan atraerlos a los oficios litúrgicos y darles a conocer el modo de asistir provechosamente a ellos.

Mostrarles cómo santificar todas sus acciones, trabajos y sufrimientos ofreciéndoselos a Dios y acatando su santa voluntad; darles a entender que la virtud y la santidad consisten fundamentalmente en evitar el pecado, cumplir las obligaciones profesionales y santificar las acciones ordinarias haciéndolas por motivos de fe y con intenciones sobrenaturales.

Vigilar asiduamente a los niños, no dejarlos nunca solos en clase ni en el recreo o en cualquier otro lugar; acompañarlos siempre para conservar su inocencia; conocer sus defectos para corregirlos, sus buenas aptitudes para desarrollarlas, sus faltas para sancionarlas y prevenir el escándalo y el contagio del mal. Aficionarlos a la escuela²⁷, y mantenerlos en ella todo el tiempo posible para preservarlos de los malos ejemplos y de tantas ocasiones de ofender a Dios.

Recomendarles con frecuencia respeto a los ministros de Jesucristo, obediencia al Príncipe y a los magistrados. Combatir incesantemente el espíritu de independencia –la gran plaga de nuestro tiempo– y hacerles comprender claramente que la obediencia a los padres, así como a las autoridades civiles y eclesiásticas, es un mandamiento de Dios y un deber de todo tiempo y lugar.

Infundirles gusto y amor por el trabajo; que lleguen a considerar la pereza, causa de infinidad de faltas, como uno de los vicios más peligrosos para el alma y para el cuerpo.

Formarlos en la modestia y la urbanidad, inspirarles amor al orden y limpieza, obligarlos a llevar a la práctica las lecciones que han recibido sobre los aspectos anteriores y a mostrarse respetuosos con todos, especialmente con las autoridades.

Finalmente, los Hermanos deben ser para los niños modelos de piedad y virtud, de modo que los lleven a Dios mucho más con el ejemplo que con la palabra.”

Alentados y fortalecidos con estas instrucciones, los Hermanos se mostraron admirables en piedad, modestia, abnegación y trabajo mientras duró la construcción de la casa. Los obreros no se cansaban de admirar el espíritu de mortificación, humildad y caridad que reinaba entre los Hermanos: quedaron tan impresionados que manifestaron públicamente su asombro. Los buenos ejemplos de los Hermanos no fueron estériles. Los obreros empezaron por admirarlos y terminaron por imitarlos en lo que podían, de modo que muy pronto se volvieron silenciosos, modestos, comedidos en sus palabras y atentos y caritativos unos con otros.

Pero había que pensar que para la fiesta de Todos los Santos, los Hermanos tenían que volver a las escuelas. El Padre Champagnat les dio los ejercicios durante ocho días. Aconsejó a cada Hermano las resoluciones que le convenían según sus necesidades, defectos, carácter y cargo que había de desempeñar. Y en la cabecera de las resoluciones de cada uno mandó poner la de recordar continuamente la presencia de Dios.

Aquel año, el Instituto fundó dos nuevas escuelas; la solicitud de la de Charlieu²⁸ fue presentada por el señor arzobispo. Los primeros gastos corrieron a cargo del párroco, señor Térel, y del alcalde de Charlieu, señor Guinot²⁹, que siempre fueron protectores y bienhechores de los Hermanos. Éstos encontraron a los niños de Charlieu sumidos en profunda ignorancia y sometidos a los vicios que la suelen acompañar. Su tarea fue ardua y la compensación nula durante bastante tiempo. Pero el interés, la abnegación y paciencia alcanzaron al fin éxito completo. Esta escuela fue en adelante una de las más prósperas del Instituto.

La otra escuela abierta fue la de Chavanay³⁰. El párroco, señor Gaucher³¹, vino personalmente a pedir Hermanos y pagó parte de los gastos iniciales de instalación. Los habitantes de Chavanay manifestaron gran interés por tener Hermanos. Enviaron una delegación de notables al Hermitage para acompañarlos a su destino. La escuela, que contaba con la simpatía de todo el vecindario, pudo acoger desde el principio a todos los niños del municipio.

En torno a la fiesta de Todos los Santos de 1824, el Padre Champagnat fue relevado de su cargo de coadjutor³² de Lavalla. Hasta entonces, durante la construcción del Hermitage, subía cada sábado por la tarde a Lavalla para confesar y celebrar el domingo la santa misa. Al verse descargado de toda ocupación ajena a su obra, se entregó exclusivamente al servicio y provecho de la comunidad.

Durante el invierno se hicieron los trabajos de interior de la casa. Como siempre, el Padre estaba continuamente al frente de los obreros, carpinteros, yeseros, etc.; y la obra avanzó tanto que la comunidad pudo instalarse en la nueva casa en el verano de 1825. También se terminó la capilla³³ y quedó apta para el culto divino. El 15 de agosto³⁴, fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen, el señor Dervieux, párroco de Saint-Chamond, la bendijo en nombre del señor arzobispo. El santo sacerdote, cuyos sentimientos respecto al Padre Champagnat y a su congregación habían cambiado radicalmente, regaló un juego de candelabros que se estrenaron el mismo día de la bendición.

◆
¹ LPC 2, pág. 542.

² La finca comprendía, en la margen izquierda del Gier, el caserío de Gauds (= Bosque), y en la derecha, el monte Coulaud (OM 4, pág. 423). Antes de la construcción del Hermitage, el señor Rouchon, párroco de Valbenoîte, había ofrecido al Padre Champagnat parte de las dependencias de la antigua abadía cisterciense que había adquirido para casa parroquial, pero el Padre Champagnat no la aceptó (OME, doc. 23, pág. 82).

³ El nombre de Hermitage habrá que atribuírselo probablemente al señor Courveille. El primer texto escrito que lo menciona es el prospecto de 1824 (OME, doc. 28 (2), pág. 87). Además, no sería difícil encontrar otros textos en los

que el señor Courveille manifiesta su preferencia por un "Hermitage" (OM 2, doc. 780 (2) ç; 784 (1); OM 3, doc. 873 (12); 876(20). Esto no obsta para que fuera el Padre Champagnat quien eligiera el lugar cuya soledad tanto le gustaba (LPC 1, doc. 45, pág. 124).

⁴ La publicación de este libro en 1856 coincide con los preparativos ya en trámite para instalar la casa madre en Saint-Genis-Laval (cfr. CSG II, págs. 175 y 186; y también BI X, pág. 31).

⁵ Véase el acta de compra de los terrenos donde se levanta el Hermitage, por los señores Champagnat y Courveille (OME, doc. 26, págs. 83-84).

⁶ En las personas sencillas predominaban sentimientos de admiración. El 6 de septiembre de 1824, un vecino del Hermitage escribe a unos parientes: "Ayer asistí a vísperas en el monte Coulaud (nombre del lugar en que se construyó el Hermitage: margen derecha), más para ver lo que allí se hacía que por devoción. Me encontré con verdaderos druidas de otros tiempos. Unos se hallaban en el bosque, otros en el prado (las vísperas tienen lugar, pues, al aire libre y cada cual se acomoda, como mejor le parece, al sol o a la sombra). Los vecinos de Layat (aldea de la parte alta del Hermitage: margen izquierda) salen de sus casas y vienen a sentarse en la parte baja de sus propiedades con el libro en la mano. En fin, todo esto merecería ser publicado en los periódicos. Tienen órgano como los cantores de París" (Archivos privados de la familia Ginot).

⁷ Véanse los estímulos dados por Mons. de Pins (OME, doc. 22 ,23 , 24 y 25).

⁸ El señor de la Croix, futuro arzobispo de Auch, delega a uno de sus amigos para que manifieste su pensamiento al Padre Champagnat: "Decid al señor Champagnat que está construyendo en vano" (OME, doc. 160 (21), pág. 386).

⁹ 1Co 1, 27.

¹⁰ Lc 23, 11.

¹¹ Mt 10, 24; Lc 6, 40; Jn 13, 16 y 15, 20.

¹² J. CL. GARREAU, Vida del señor Juan Bautista de La Salle, I, pág. 126. Éd. Méquignon, Cadet, 1825.

¹³ El librero en cuestión es el señor Rusand, y el prestamista, ante quien salió fiador del señor Champagnat, es el señor Maréchal. El balance de agosto de 1826 señala, efectivamente, la suma de doce mil francos, adeudados a este último, y otra de seis mil al señor Rusand. Por otra parte, sabemos que ambos hicieron diversos favores a los aspirantes maristas (cfr. OM 2, doc. 757, pág. 780, nota).

¹⁴ AA, págs. 55-56.

¹⁵ "La dirección de las obras correspondía a los señores Roussier, maestro albañil; Matricon, Benito, carpintero, y Robert, yesero" (AA, pág. 56).

¹⁶ AA, pág. 56.

¹⁷ El señor Basson tenía una casa en Lavalla. Hoy pertenece a sus descendientes, la familia Marze.

¹⁸ Los grabados de la época nos muestran unas construcciones que tenían los siguientes servicios: vivienda, granja, batán, pequeña fábrica con una fragua para confeccionar barras de hierro (cfr. *N.-D. de l'Hermitage*, pág. 37. Y también MEM, pág.32).

¹⁹ Escribe el Hermano Avit: "... un oratorio de ladrillo, de doce metros cuadrados. El lugar estaba cubierto de árboles. Una campana, colgada de un roble contiguo al oratorio, regulaba los ejercicios del día" (AA, pág. 55).

²⁰ Se trata de una imagen de María con el Niño Jesús que está chupando el dedo índice. Conservamos dos ejemplares: uno en el Hermitage y el otro en la Casa general de Roma.

²¹ Esta oración aparece ya en la Regla de 1837: "Durante la clase se rezará la oración de la hora como en la Casa Madre, mientras los niños permanecen sentados" (art. 12, pág. 37).

²² El Padre Champagnat era un obrero cualificado. Una carta del Padre Forest, de fecha 20 de junio de 1836, demuestra que le reconocía experiencia en materia de construcción. Cuando tratan de arreglar una casa para los Padres Maristas de Lyon, le escribe así: "Si todo sigue adelante, como es de suponer, esperamos que tenga la amabilidad de venir cuanto antes para ver y examinar el plan de las distintas reparaciones que tenemos que hacer antes de la reanudación de las clases" (OME, doc. 150, pág. 336).

²³ El padre Bourdin escribe: "Un (albañil) cayó al río: misa en acción de gracias." El Padre Coste añade en una nota: "La mención de una misa de acción de gracias por parte del señor Bourdin significa que, a su juicio, de uno u otro modo, se evitó el accidente" (OME, doc. 166(32), pág. 451).

²⁴ Alusión, sin duda, a la que se dijo después del primer accidente de que habla arriba el señor Bourdin.

²⁵ No conservamos ese escrito.

²⁶ Jn 15, 12.

²⁷ Al no ser obligatoria la escolaridad, los niños asistían a clase con mucha irregularidad, sobre todo durante la época de los trabajos del campo. Les resultaba fácil "hacer novillos" (no ir a clase) (cfr. LPC 1, doc. 298, pág. 543).

²⁸ LPC 2, págs. 544-548 y OME, doc. 32, págs. 91-98.

²⁹ Guinault, LPC 2, pág. 267.

³⁰ El Hermano Luis fue su primer director (AA, pág. 61).

³¹ LPC 2, págs. 549-550 y OME, doc. 166 (25), pág. 448.

³² Hubo un intervalo entre el nombramiento del párroco, señor Bedoin, y la renuncia del Padre Champagnat a la coadjutoría. Efectivamente, el señor Bedoin, que rigió la parroquia durante cuarenta años, asegura que el Padre Champagnat fue su coadjutor durante seis meses (AAL, reg. délib. 1, pág. 19 y OM 1, documento 103, pág. 319).

³³ Se encontraba en el tercer piso, coronada por el minúsculo campanario que aún se conserva.

³⁴ En realidad, el 13 de agosto de 1825, según el proceso verbal (cfr. OME, documento 37, pág. 107).

CAPÍTULO XIII

El reverendo señor Courveille se une al Padre Champagnat. Intrigas para ser elegido superior.
M. Champagnat cae gravemente enfermo.
Lastimosa situación de la comunidad mientras dura la enfermedad

A las preocupaciones y persecuciones del exterior, a los agobios que supuso la construcción de un gran edificio, siguió una cruz, de otra índole, más dolorosa para el piadoso Fundador que todo cuanto había soportado hasta ese momento.

Por entonces, dos de los sacerdotes del grupo constituido en el seminario mayor para fundar el Instituto de los Maristas, se unieron al Padre Champagnat. Eran los reverendos Courveille¹, párroco de Épercieux, y Terraillon², capellán de las Ursulinas de Montbrison. El señor Courveille tenía la pretensión de haber sido el primero en la idea de fundar la Sociedad de los Maristas³, y con ese pretexto se consideraba Superior General⁴ de los Hermanos. El Padre Champagnat, que por entonces desconocía los designios de Dios sobre la Sociedad de los Padres, y que tenía un elevado concepto del señor Courveille y muy humilde de sí mismo, no puso dificultad alguna para dejarle asumir el cargo de Superior y para que todos los Hermanos lo considerasen como tal. Por entonces todos estaban convencidos de que la Sociedad de los Padres y la de los Hermanos tenían el mismo proyecto, y creían que debían formar una sola obra bajo el mismo Superior. Por eso, los Hermanos no opusieron la menor resistencia para aceptar la nueva situación. Tanto más cuanto que suponían que el Padre Champagnat iba a seguir siempre al frente de ellos, mientras que el señor Courveille sólo llevaría la alta dirección, y se ocuparía de manera especial de los sacerdotes. Con esa convicción siguieron acudiendo en todo al Padre Champagnat y actuando como lo habían hecho hasta entonces.

El señor Courveille, molesto al comprobar que, a pesar de su rango de Superior General, los Hermanos lo dejaban de lado y se dirigían siempre al Padre Champagnat, concibió la idea de hacerse nombrar Superior de los Hermanos con exclusión de cualquier otro. Antes procuró ganar su confianza y atraérselos, valiéndose para ello de todos los medios.

Durante las vacaciones⁵ de 1825, pensando que los ánimos estaban ya preparados para conseguir sus planes, reunió⁶ a los Hermanos y, para disimular mejor el lazo que les tendía, les habló largo y tendido acerca del bien que la Sociedad estaba llamaba a realizar y de las diversas obras que iba a abarcar. Terminó con estas palabras:

“Así pues, como los Padres que se hallan aquí, en cualquier momento pueden ser llamados a distintos ministerios, es necesario que escojáis, ahora que estamos todos a vuestra disposición, al que queréis que os dirija. Os aprecio lo suficiente como para sacrificarme por vosotros; tanto el señor Terraillon como el señor Champagnat se interesan también mucho por vosotros. Sin embargo, como cada cual ha de ocuparse de un objetivo concreto y para asegurar mayor unidad, conviene que uno de los tres se encargue de vosotros de modo particular. Desearía que me dijerais quién queréis que os dirija. Pedid a Dios que os ilumine, reflexionad seriamente antes de decidirlo; no os dejéis influir por los motivos que podrían inspiraros los lazos de la carne y de la sangre⁷. No tengáis otros móviles que la gloria de Dios, el provecho de vuestra congregación y el bien de vuestras almas. Cuando hayáis tomado la decisión, escribid en una papeleta el nombre del que hayáis elegido. Dentro de unos minutos volveré par recoger los votos.”

Los Hermanos, que nada sospechaban, cumplieron con sencillez lo que se les ordenó, y ni siquiera les pasó por la imaginación que se pretendía quitarles al que les había reunido y consideraban todos como Padre. Después de unos momentos de reflexión, cada cual escribió un nombre en su papeleta, sin ponerse de acuerdo ni haberse dicho ni una palabra.

Volvió el señor Courveille a la sala, hizo el escrutinio de votos y casi todos fueron para el Padre Champagnat. Al ver el resultado, el señor Courveille, mirando al Padre Champagnat, le dijo con un tono que no pudo disimular: "Parece que se han entendido para darle a usted sus votos."

El Padre Champagnat, que sólo se fijaba en su propia indignidad, lejos de molestarse por la descortesía, no tuvo inconveniente en apoyar las palabras del señor Courveille. Y, convencido de que los Hermanos habían actuado sin madurar suficientemente la decisión, pidió que se anulase el resultado y se procediera a una nueva votación. Pero antes de esta segunda vuelta, quiso dirigir la palabra a los Hermanos:

"Queridos amigos, les dijo, me temo que no hayáis medido la importancia del asunto que nos ocupa. Me lo demuestra la elección que acabáis de hacer. Si, como no dudo, deseáis que la elección sea conforme a la voluntad de Dios, tenéis que despojaros del espíritu propio, no dejaros llevar por motivos humanos, ni hacer caso de la simpatía que podáis tener para conmigo. No creáis que soy el más indicado para poder orientaros porque hace tiempo que os conozco y me conocéis. Al contrario, considero que estos señores están mucho mejor preparados que yo para dirigiros y formaros; pues, al no haber tenido que ocuparse en trabajos manuales y haberse entregado exclusivamente a la oración y al estudio de la religión, tienen en estos temas conocimientos que yo no poseo. No es mi intención abandonaros, por supuesto, pero sabéis que la preocupación por los asuntos materiales me absorbe más de la cuenta y, a pesar de mi buena voluntad, no puedo hacer por vosotros cuanto quisiera. Por eso es necesario que otro se ocupe de instruiros y formaros en la piedad. Así pues, pedid nuevamente las luces del Espíritu Santo, la protección de María, pensadlo mejor que antes, despojaos de toda consideración y sentimiento humano, y volved a votar."

Por obediencia, los Hermanos se sometieron. La nueva elección, como la primera, se realizó en medio de gran recogimiento, y los Hermanos obraron con la misma sencillez, de modo que ni les pasó por la cabeza ponerse de acuerdo. Después de escribir cada cual su papeleta, la depositó, como la vez anterior, en el lugar indicado. El señor Courveille realizó nuevamente el escrutinio y dijo con amargura: "El resultado es el mismo." Y luego, volviéndose al Padre Champagnat, añadió: "Usted será su Superior, ya que sólo a usted lo quieren." En efecto, a él sólo querían, ya que volvió a reunir casi la totalidad de los votos.

El comportamiento de los Hermanos en esta ocasión fue prueba inequívoca de su buen espíritu y del afecto sincero por su piadoso Fundador⁸.

* * *

Aquel año de 1825 tuvo lugar la fundación de la escuela de Ampuis. El señor Hérard⁹, que había sido misionero en América, mandó construir una escuela y garantizó una renta anual de seiscientos francos a los Hermanos.

Después de la fiesta de Todos los Santos, el Padre Champagnat se propuso visitar personalmente todas las escuelas y tratar con las autoridades municipales acerca de diversos asuntos de interés para las escuelas y sobre los que sólo él podía decidir.

El Instituto tenía por entonces diez escuelas¹⁰, a saber: Saint-Sauveur, Bourg-Argental, Vanosc, Boulieu, Chavanay, Saint-Symphorien-le-Château, Tarentaise, Charlieu y Ampuis.

El Buen Padre hizo estas visitas¹¹ a pie y con un tiempo bastante malo. Le resultó singularmente pesado el viaje a Charlieu por las lluvias torrenciales que habían caído y que hacían intransitables los caminos. Además, el Padre Champagnat, que era muy riguroso para consigo mismo, no se andaba con miramientos ni se cuidaba lo más mínimo en los viajes. Podemos comprobarlo al juzgar cómo se comportó en otro viaje que hizo a Charlieu algo más adelante. Por la tarde, a las nueve, tomó la diligencia en Saint-Étienne y llegó a Roanne a las ocho de la mañana. Celebró la santa misa y, en

ayunas, se fue andando hasta Charlieu, adonde llegó a la una. Al regreso, salió de Charlieu a las cuatro de la madrugada, celebró la santa misa en Roanne, tomó una sopa ligera, y llegó a comer a Vandranges, que se encuentra a seis leguas de Roanne. Después de comer se puso de nuevo en camino y, tras varias horas de marcha, sintiendo mucha sed, pidió de beber a una señora, que le ofreció vino, pero no quiso tomarlo, contentándose con un poco de agua. Habiendo descansado un rato en esta casa, se puso a enseñar el catecismo a los niños y les repartió medallas de la Santísima Virgen. Al anochecer, habiendo llegado a Balbigny, durmió en casa del párroco. Al día siguiente salió a las cuatro y celebró la santa misa después de recorrer cuatro leguas; luego se puso nuevamente en camino hasta La Fouillouse, donde tomó un caldo y algo de fruta. De La Fouillouse, sin detenerse, hasta el Hermitage, adonde no llegó hasta las siete de la tarde¹². Sabemos todos estos detalles por un obrero¹³ que lo acompañaba, y que aseguró que nunca en su vida había pasado tanta hambre como en aquel viaje; y añadió: "Varias veces estuve tentado de dejarle y entrar en alguna venta para comer."

Tal era el régimen de vida que llevaba el Padre Champagnat en sus viajes. ¿Extrañaremos que la constitución robusta con que la naturaleza lo había dotado se deteriorase tan pronto y que muriese relativamente joven?

A su regreso al Hermitage lo esperaban nuevas dificultades con el señor Courveille. Este sacerdote, que había quedado profundamente herido por las preferencias de que había sido objeto el Padre Champagnat en las elecciones de las vacaciones últimas, aprovechó el período en que se halló solo en el Hermitage para manifestar su disgusto a los Hermanos. Incluso llegó a escribir, a los que se hallaban en las escuelas, cartas repletas de amargos reproches por seguir dirigiéndose al Padre Champagnat y considerándole como Superior, alegando que tal comportamiento era humillante para él y una falta de respeto y confianza que no podía por menos de atraer las maldiciones de Dios sobre el Instituto. No disimuló su despecho ante el Padre Champagnat y empezó a criticar todo lo que hacía. Según él, los Hermanos no estaban bien dirigidos, ni los novicios bastante probados, ni suficientemente instruidos y formados en la piedad. La disciplina de la casa no era lo bastante rígida, ni monacal; la economía se descuidaba y se hacían gastos excesivos. En una palabra, el Padre Champagnat no sabía llevar una administración. Y, con ese pretexto, le quitó la bolsa¹⁴. Pero no por pasar a sus manos se vio más repleta; a menudo se hallaba vacía, y entonces el malhumor del señor Courveille¹⁵ se desfogaba en invectivas contra el Padre Champagnat.

Estos disgustos y sinsabores, que el piadoso Fundador trataba cuidadosamente de ocultar y cuyo amargor saboreaba en la soledad, unidos a las fatigas de los largos y penosos viajes que acababa de realizar, le hicieron contraer una enfermedad que lo llevó a las puertas del sepulcro. Durante su viaje a Charlieu se encontraba ya muy mal, pero no dio importancia alguna a su indisposición, y en vez de cuidarse, en cuanto regresó, se dedicó a trabajos muy duros.

A pesar de que se sentía consumido por una ardiente fiebre, quiso estar presente en el oficio y la misa del gallo, y también en la misa solemne y en las vísperas de Navidad. Y sólo al día siguiente, fiesta de san Esteban, después de celebrar la santa misa, no pudiendo aguantar más, se acostó. La enfermedad se agravó, y, pocos días después, llegó a tal extremo de gravedad que se perdió la esperanza de curación. Hemos de consignar aquí, en alabanza del señor Courveille, que se mostró muy afligido por la enfermedad del Padre Champagnat y que escribió¹⁶ a todas las escuelas para prescribir a los Hermanos que rezaran e hicieran rezar para obtener la curación del buen Padre¹⁷.

Cuando se hizo pública la situación desesperada del enfermo, los acreedores acudieron en masa exigiendo ser indemnizados. Como no se les podía satisfacer, amenazaron con embargar el mobiliario y la casa. Y lo hubieran hecho si el señor Dervieux¹⁸, párroco de San Pedro, no los hubiera llamado para decirles que respondía de todas las deudas. Unos días después pagó, efectivamente, un total de seis mil francos.

Pero esto sólo era el comienzo de las tribulaciones. En la comunidad, tras el profundo pesar por la enfermedad del Padre Champagnat, cundió un desaliento general. Todos, Hermanos y novicios, estaban convencidos de que, si llegaba a morir, todo se vendría abajo y no tendrían otro remedio que retirarse.

Claro que el comportamiento del señor Courveille no era el más propicio para tranquilizarlos y alejar sus temores. En vez de sosegarlos y animarlos, en vez de infundirles confianza y resignación, se enajenó los corazones de todos por su excesivo rigor y extrema severidad. La zozobra en que todos vivían, pensando en su porvenir y en el del Instituto, se tradujo en relajación e indisciplina. Con un poco de prudencia y suave firmeza, hubiera sido facilísimo restablecer el orden.

Desgraciadamente, sucedió lo contrario. Las menores infracciones a la Regla eran castigadas con duras reprimendas, lo que produjo un descontento generalizado y aumentó el desaliento. Como la disipación y el mal espíritu iban aumentando, pensó el señor Courveille que, para detener el mal, había que tomar medidas tajantes. Empezó, pues, a proferir las mayores amenazas, a imponer duras penitencias e, incluso, despidió a unos cuantos. Con esta medida, lejos de atajar el mal, sólo consiguió agravarlo, pues los Hermanos, que no estaban acostumbrados a ser guiados por la fuerza, pensaron que se trataba de una manera indirecta de forzarlos a retirarse, lo que les irritó en extremo.

Pero la gota que colmó el vaso de su exasperación, fue cuando el señor Courveille, que los había reunido en comunidad, después de abrumarlos con severas censuras, concluyó diciendo que le tenía sin cuidado el desenlace de todo aquello, que iba a retirarse y pedir al arzobispo una parroquia. Esta manifestación provocó descontento y murmuración general, hizo desvanecer el último rayo de esperanza que aún les quedaba y terminó por llevar el desaliento al corazón de buen número de los Hermanos más antiguos aún no contagiados por la desmoralización general.

A partir de entonces, cada cual dio rienda suelta a su imaginación y a sus palabras. Empezaron a pensar en el porvenir, a hacer sus planes y comunicárselos mutuamente. Uno se proponía volver a su familia y ya había avisado a sus padres; otro quería ingresar en otra congregación; un tercero, ejercer esta o aquella profesión.

En definitiva, todos se disponían o resignaban a alejarse de una Sociedad a la que tanto querían, pero donde ya no encontraban aquella paz, unión, felicidad y contento de que antes disfrutaban.

Sólo el Hermano Estanislao¹⁹ se mostró sensato, animoso y abnegado en estas críticas circunstancias. Fue el único que luchó contra el desaliento de los Hermanos y la excesiva e imprudente dureza del señor Courveille; el único que nunca perdió la confianza y se mostró fiel al Instituto y digno hijo del Padre Champagnat.

Día y noche se le veía a la cabecera del buen Padre prodigándole cuidados. Él fue quien se encargó de ir a entrevistarse con el señor párroco de Saint-Chamond y le expuso la triste situación de la casa, las amenazas de los acreedores, y también el que, con sus apremiantes ruegos y lágrimas, consiguió que se encargase de saldar las deudas.

Con sus consejos, exhortaciones y plegarias consiguió calmar a Hermanos y novicios y detener los planes que se habían trazado de abandonarlo todo. Ni siguiera temió amonestar con humildad y firmeza al señor Courveille por su rigor y procedimiento con los Hermanos. Le echó en cara, sobre todo, que les hubiera declarado su intención de abandonarlos para irse a una parroquia. El señor Courveille, lejos de ablandarse y reconocer sus equivocaciones, le respondió con sequedad: "No he sido yo quien ha contraído las deudas; si las cosas van mal, peor para ustedes; yo no pienso cargar con las consecuencias. Desde luego, si el señor Champagnat muere, yo me retiraré, y todos harán lo mismo." En efecto, si el Padre Champagnat hubiera muerto, todo se habría perdido, pero Dios, que lo había elegido para fundar y consolidar la obra de los Hermanos, velaba sus días: le conservó la vida y le devolvió la salud contra toda esperanza humana.

En cuanto experimentó mejoría, en cuanto empezaron los Hermanos a abrigar esperanzas de curación, se sintieron aliviados y renació la alegría en todos los rostros. Cuando el Hermano Estanislao le informó de lo que estaba ocurriendo en casa, el Padre Champagnat suplicó insistentemente al señor Courveille que se dirigiese a los Hermanos con actitud más paternal, que se mostrase más comprensivo y, sobre todo, que no despidiese, sin más, a Hermanos que, a pesar de sus defectos, con el tiempo podrían llegar a ser buenos religiosos

Pero las cosas habían llegado a tal extremo que era difícil dar marcha atrás. Los ánimos se hallaban demasiado enconados de ambas partes: los Hermanos habían perdido toda confianza en el señor Courveille, y éste estaba descontento de todo y de todos. Convencido de que la mayoría de los Hermanos no tenían las cualidades necesarias para ser religiosos, no le importaba verles abandonar una vocación que creía que no era la que les convenía. Por otra parte, al exagerar las excelencias y los deberes de la vida religiosa, exigía de los novicios una perfección que ya estarían contentos de haber alcanzado hombres encanecidos en la observancia regular. Quería cargarles con un yugo²⁰ que nadie era capaz de soportar, despidiendo a quien trataba de sacudírselo de encima.

Sin embargo, cuando se dio por cierto que el Padre Champagnat se hallaba fuera de peligro, los ánimos se sosegaron. Renació la confianza en todos los corazones, la alegría, el gozo y la satisfacción reemplazaron a la incertidumbre y al espíritu de murmuración, que se habían generalizado durante tres semanas. Se restableció el orden y la disciplina y se sometieron al yugo con la esperanza de que no tardaría en cambiar la situación y todo volvería a ser como antes.

La reacción que tuvieron cuando el Padre Champagnat apareció por primera vez en comunidad, puede dar una idea del afecto y cariño que le profesaban, de la satisfacción y la dicha que a todos los Hermanos proporcionaba su mejoría. ¡La habían anhelado tanto y tanto la habían pedido a Dios!

Aunque apenas podía sostenerse de pie, al enterarse de que en ese momento tenía lugar el capítulo de culpas y que algún novicio iba a recibir severos reproches, rogó al Hermano Estanislao, que se hallaba a su lado, que lo llevase del brazo a la sala capitular.

Cuando se presentó, todas las miradas se volvieron hacia él. Se produjo una explosión inenarrable de alegría. Todos, como movidos por un resorte, se ponen en pie, los rostros se iluminan, radiantes de dicha, se vuelven hacia él y exclaman: “¡Es el Padre Champagnat, nuestro buen Padre!” Las lagrimas se mezclan con los aplausos manifestando el indecible gozo que sienten todos los corazones. El ejercicio del capítulo de culpas, tan serio e imponente, quedó interrumpido y fue suspendido. El señor Courveille, que lo estaba presidiendo, testigo de estas muestras de afecto, al ver que nadie le hacía el menor caso, salió y no volvió a aparecer en la sala. El buen Padre dirigió a los Hermanos unas palabras de aliento²¹ que hicieron renacer la esperanza en todos los corazones, y disiparon todos los temores.

* * *

Esta crisis que acabamos de narrar no trascendió los muros de la casa de noviciado, y la enfermedad del buen Padre no ocasionó ningún trastorno a las escuelas.

Pocos días después se presentó un postulante²² que solicitaba su admisión en el Instituto. Lo hicieron subir a la habitación del Padre Champagnat. Precisamente se encontraba allí el señor Courveille, el cual lo examinó detenidamente y le describió con tal rigor las exigencias de la vida religiosa que el muchacho, desalentado por lo que acababa de oír, estaba a punto de desistir de su propósito. El Padre Champagnat, que se había mantenido en silencio durante la entrevista, pero que no había quitado los ojos del postulante, vio reflejado en su rostro el mal efecto que la descripción exagerada de

las obligaciones de la vida religiosa le había producido. Cuando se disponía a retirarse, le hizo una discreta señal y, ya a solas, lo invitó a visitar la capilla. Aunque apenas podía andar, lo acompañó él mismo para tener oportunidad de continuar la conversación. Necesitó un buen rato para subir los cuarenta²³ escalones que llegaban hasta arriba. Y, aun apoyándose en la barandilla y descansando en cada rellano, al llegar se encontraba agotado. Después de unos instantes de adoración al Santísimo Sacramento, dijo al joven, señalando la imagen de María: “Ahí tienes a la augusta Virgen, es nuestra buena Madre. Será también la tuya si te quedas en esta casa que le está consagrada y te ayudará a superar las dificultades de la vida religiosa.” Y luego, al salir, añadió: “No podemos decir que el yugo de Jesucristo sea duro y pesado, ya que el mismo divino Salvador, que es la Verdad suma, nos enseña que su yugo es suave²⁴, y que llevarlo constituye un consuelo y una dicha. Te garantizo que encontrarás mayor satisfacción, alegría y contento en el servicio de Dios, que los que podrían proporcionarte todos los placeres del mundo. Ven, pruébalo y verás. La vida religiosa nada tiene de difícil para quienes están animados de buena voluntad. No temas; te prometo la protección de nuestra buena madre, que te cuidará como a un hijo. Te espero, pues, uno de estos días, no me falles.” Ante tales palabras, el postulante sintió cómo se desvanecían sus temores y su corazón se llenaba de gozo y ánimo. “Sí, le respondió, vendré, se lo prometo.” Días después ya estaba en el noviciado; y, como le había dicho el buen Padre, experimentó pocas penas y muchos consuelos. Para asegurar su perseverancia, iba a menudo a orar a los pies de la divina Madre, que nunca dejó de protegerlo como a hijo. Este joven nunca titubeó en su vocación y fue un excelente religioso.

En cuanto el Padre Champagnat estuvo en disposición de poder salir, vino a buscarlo el párroco de San Pedro para llevarlo a su casa. Temiendo que en el Hermitage no pudieran prestarle suficientes cuidados, o que, a causa de la pobreza de la casa, no pudieran proporcionarle lo que necesitaba, quiso encargarse personalmente de las mil pequeñas atenciones que su situación requería. Lo hizo con tanto esmero y delicadeza que el buen Padre estaba en extremo confuso.

Hasta su muerte, el venerable párroco se mostró siempre protector y bienhechor del Instituto, padre de los Hermanos y amigo fiel del piadoso Fundador, testimoniando de ese modo que, si era cierto que en algún momento les había causado algún pesar, lo había hecho por ignorancia y por haber estado mal informado²⁵.

◆
¹ Courveille, LPC 2, pág. 150. Es titular de Épercieux, pueblecito que no llega a la categoría de parroquia, sino de filial. Allí estuvo cinco años (cfr. OM 4, página 254). El Padre Champagnat fue a buscar al señor Courveille por consejo de otra persona que él denomina señor Superior, es decir, el señor Gardette (cfr. LPC 1, doc. 30, pág. 84).

² Terrailon, LPC 2, pág. 479.

³ Es indudable que el señor Courveille se halla en los orígenes del grupo de los futuros Maristas de la diócesis de Lyon. Testimonio del señor Déclas (OM 2, doc. 551 (1), pág. 340) y del señor Terrailon (OM 2, doc. 750 (1-2), pág. 666).

⁴ Incluso mientras se hallaban en Épercieux se consideraba ya como responsable de todo lo que se hacía sin contar con él, en la comarca de Feurs, en Lavalla, en Cerdon, etc. Véase el prospecto de 1824 (OME, doc. 28, págs. 87-89), donde da la impresión de atribuirse ese título, firmando en primer lugar.

⁵ El Hermano Avit dice: “Los Hermanos bajaron en mayo” (AA, pág. 63). Las vacaciones escolares tienen lugar en septiembre-octubre.

⁶ AA, pág. 67.

⁷ Mt 16, 17.

⁸ Respecto a este pasaje, véase el testimonio del señor Séon (OM 2, doc. 625(4), pág. 441).

⁹ AA, págs. 66-67 y LPC 2, págs. 528-529.

¹⁰ Respecto a estas escuelas, véase LPC 2, índice de nombres de lugares.

¹¹ AA, pág. 67 y ss. Realizó esas visitas en unos 50 días (AA, págs. 67-68).

- ¹² De Charlieu a Roanne, por la carretera actual, hay unos 20 km. De Roanne a Vendrages, por la N-7, 14 km. De Vendrages a Balbigny, 16 km. De Balbigny a La Fouillouse, 38 km. De La Fouillouse a Saint-Chamond, 18,5 Kilómetros. Es decir, unos 105 Kilómetros en dos días.
- ¹³ El obrero en cuestión es Felipe Arnaud, sobrino del Padre Champagnat (cfr. AA, pág. 166 y MEM, pág. 36).
- ¹⁴ Cartas no conservadas.
- ¹⁵ El Hermano Teodosio dice: “Él (Courveille) se lanzaba, se ponía al frente de todo y luego lo abandonaba todo. Era un exaltado. De momento era extraordinario, magnífico, espléndido, y al momento siguiente todo había cambiado, y se hallaba todo por los suelos” (OM 3, doc. 860 (1 y 2), pág. 825) y (OME, documento 40 y notas, pág. 112 y ss.)
- ¹⁶ El señor Courveille, en una circular del 3 de enero de 1826, pide a los Hermanos que rueguen por la curación del Padre Champagnat (cfr. OME, doc. 41, pág. 115). Esta circular se conserva en los AFM y ha sido publicada en BI XXII, pág. 168.
- ¹⁷ El 6 de enero de 1826, el Padre Champagnat, temiendo lo peor, hace testamento en favor del señor Courveille y del señor Verrier, rector del seminario menor de Verrières, antiguo compañero de estudios y aspirante a marista en tiempos del seminario mayor (OME, doc. 42, págs. 116-118).
- ¹⁸ No parece probable que el señor Dervieux tuviera una fortuna excepcional, pero estaba respaldado por bienhechores, y, especialmente, por la señorita Fournas que, en 1832, después de la muerte del señor Dervieux, encauzará su generosidad hacia el P.Champagnat (AA, pág. 318). A su muerte, el señor Dervieux no dejará siquiera el dinero preciso para su entierro. Será la parroquia la que asuma el gasto (cfr. “Biografía”, por Jacques de Boissieu).
- ¹⁹ Respecto al Hermano Estanislao, véase CM II, pág. 67. En 1854, el Hermano Francisco, Superior General, escribió una breve pero conmovedora biografía del Hermano Estanislao (CSG II, págs. 178-184).
- ²⁰ Lc 11, 46.
- ²¹ En 1833, el P. Champagnat recuerda estos acontecimientos en una carta al señor Cholleton: “Procuré tranquilizar a mis hijos diciéndoles que nada debían temer; que yo estaba dispuesto a compartir todos sus infortunios, y hasta el último pedazo de pan” (LPC 1, doc. 30, pág. 84).
- ²² Se trata de Benito Deville (Hermano Benito), AA, pág. 87. El mismo Hermano que, seis meses después del tránsito del Padre Champagnat, pide al señor Ravery que le haga una copia del retrato del Padre Champagnat, realizado al día siguiente de la muerte (cfr. SMC, vol. 1, pág. 60).
- ²³ Entre el primero el tercer piso, donde se hallaba la capilla de 1825 a 1836.
- ²⁴ Mt 11, 30; 1 Jn 5, 3.
- ²⁵ Como complemento de las dificultades y la liquidación de pagos con el señor Courveille, véase AA, pág. 337.

CAPÍTULO XIV

La virtud del Padre Champagnat sometida a nuevas pruebas por la conducta del señor Courveille y la defección de algunos Hermanos

No bastó cuanto acababa de suceder para corregir al señor Courveille de su ambición, ni hacerle cambiar sus sentimientos contra el Padre Champagnat. Al darse cuenta de que no podía enajenarle la adhesión de los Hermanos, tomó nuevas medidas para lograr sus propósitos.

Una de ellas fue escribir¹ al señor arzobispo para difamar al buen Padre y menoscabar la estima de que gozaba ante el prelado. Entre otras cosas, lo acusaba de recibir indiscriminadamente todo tipo de postulantes, la mayor parte de los cuales se retiraba después de haber causado notables gastos a la comunidad; de no dar a los Hermanos suficiente formación en la piedad y en las virtudes religiosas, de ocuparlos demasiado en trabajos manuales descuidando² su instrucción; en una palabra, de ser demasiado indulgente y, como consecuencia, tolerar la relajación, la indisciplina y la irregularidad.

Aunque en el arzobispado³ no daban demasiado crédito a estas acusaciones, pareció conveniente informarse para ver qué había de cierto en todo aquello. Con ese fin, determinaron que el señor⁴ *** hiciera una visita al Hermitage. Llegó, pues, cuando el Padre Champagnat se hallaba convaleciente en casa del párroco de San Pedro. En cuanto le informaron de la visita del señor ***, subió inmediatamente al Hermitage para saludarlo y ponerle al corriente de todo. El señor ***, prevenido como estaba, lo recibió con frialdad y le hizo infinidad de preguntas y observaciones. Luego visitó minuciosamente la casa y sometió a los Hermanos y los novicios a un examen de religión y de los principales contenidos de la enseñanza primaria. Fue muy riguroso en dicho examen, y le pareció que los Hermanos no estaban bastante instruidos. Fue patente su descontento y tampoco hizo esfuerzo alguno por disimular su mal humor. Se quejó abiertamente y criticó todo lo que en casa no era de su gusto. Antes de marcharse reiteró al Padre Champagnat las quejas que ya le había hecho cada vez que se le presentaba ocasión; le aconsejó que dedicase mayor tiempo a la instrucción de los Hermanos, prohibiéndole hacer nuevas construcciones y ordenándole que se ocupase menos de los asuntos materiales.

¿Estaban justificadas las quejas del señor ***? Creemos que no. Las quejas se centraban en dos aspectos principales, a saber: que la instrucción de los Hermanos dejaba mucho que desear y que el Padre Champagnat se entregaba demasiado a los aspectos temporales y arruinaba a la comunidad con gastos de construcción y reparaciones⁵.

Hay que reconocer que los estudios no eran profundos; pero el noviciado no pretende formar a los Hermanos en las ciencias, sino en la virtud. Los jóvenes que se hallaban por entonces en la casa llegaban del campo y, en la mayoría de los casos, no sabían leer ni escribir. Era de todo punto imposible que en uno o dos años adquiriesen los conocimientos necesarios y que tan precozmente se les quería exigir.

Respecto a las construcciones y reparaciones, al no disponer de dinero, el Padre Champagnat se veía obligado a hacerlas por sí mismo con la ayuda de los Hermanos y los novicios, cuando eran indispensables.

Pero aunque el señor *** diera la razón al señor Courveille en los asuntos que acabamos de mencionar, pronto supieron a qué atenerse en el arzobispado respecto a las acusaciones y quejas contra el Padre Champagnat.

Pocos días después de esa visita, la justicia divina se encargó por sí misma de vengar al inocente perseguido y poner fin a las trabas de todo tipo que estaba soportando.

El señor Courveille, que sólo veía defectos por doquiera, que se quejaba de no encontrar bastante piedad y regularidad en la casa, que consideraba a los Hermanos y novicios demasiado imperfectos, cometió graves faltas, atrayendo sobre sí la temible frase de nuestro Salvador: *Quien escandalice a uno de estos pequeños, más le valiera que le atasen una rueda de molino y lo arrojasen al mar.*

Después de esta caída vergonzosa, se retiró a la Trapa de Aiguebelle, para recuperar el sosiego espiritual. Pero en vez de abrir los ojos ante el abismo en que su orgullo le había hundido, siempre con la absurda manía de dirigirlo todo, escribió una carta en la que se quejaba de que no le daban los honores que le eran debidos, y terminaba por amenazar con no volver al Hermitage si no obtenía promesa formal de que en lo sucesivo le concederían autoridad total y lo considerarían como Superior⁶.

Entretanto, llegó la noticia de la falta cometida a oídos del señor arzobispo. De acuerdo con éste, el Padre Champagnat y el señor Terraillon le escribieron invitándolo a que se quedase en Aiguebelle si se encontraba a gusto, pero que de ninguna forma se le ocurriese regresar al Hermitage⁷.

Estos hechos causaron al Padre Champagnat profundo dolor, como es lógico; pero Dios le tenía aún reservadas otras pruebas.

* * *

Por esta misma época, el Hermano Juan María⁸, el primer aspirante que se le había unido en Lavalla, el primero que se había retirado del mundo; el Hermano Juan María, al que profesaba un cariño y afecto especialísimo, abandonó el Instituto, o más bien, tuvo que ser despedido.

Este Hermano, considerando que la Regla no era bastante austera, solicitó permiso par irse a la Trapa. El Padre Champagnat hizo cuanto estuvo en sus manos para disuadirlo de su propósito; pero fueron inútiles todas las exhortaciones y consejos. Abandonó la escuela de Bourg-Argental⁹, de la que era Director, dejando a doscientos niños al cuidado de dos Hermanos jóvenes y se fue¹⁰ sin esperar a su sustituto, aun sabiendo que no había nadie con suficiente preparación para hacerse cargo de la dirección de la escuela.

Después de tres semanas de permanencia en la Trapa, se arrepintió de su falta, vino a arrojarse a los pies del buen Padre y le insistió para que lo readmitiese en el Instituto. El Padre Champagnat lo recibió bondadosamente y hasta con solicitud, creyendo que habría quedado libre para siempre de sus ilusiones; pero se equivocó.

El Hermano Juan María, que unía un talento excepcional para la dirección de escuelas y gobierno de una comunidad una gran piedad y virtud sólida, se echó a perder por su orgullo y falta de sumisión. Se había empeñado en imitar en todo a san Luis Gonzaga. Y, con ceguera increíble, sólo explicable como castigo a su orgullo, fue incapaz de entender que no a todos les es dado hacer lo que los santos hicieron.

Obsesionado por la idea de una perfección quimérica, exageraba en todo¹¹: Se imponía en su alimentación privaciones que arruinaron su salud, se forraba de cilicios, tomaba disciplina, llevaba hasta extremos ridículos la pobreza y la generosidad, se aislaba de todo trato para mantener su unión con Dios.

El Padre Champagnat utilizó cuantos medios le aconsejó su ingeniosa caridad; empleó, incluso, su autoridad para librarlo de sus ilusiones y atraerlo al buen camino. Pero, aferrado a su propio criterio y lleno de orgullo, el Hermano no quiso escuchar las exhortaciones y consejos de su Superior.

Muy pronto hallaría el castigo a su obstinación. Aquella vida de tensión, las interminables meditaciones a que se dedicaba, le trastornaron la mente y le ocasionaron una enfermedad nerviosa tan molesta que a veces no podía soportarse ni soportar a los

demás, maltratando a cuantos estaban a su lado o encontraba a su paso. Otras veces le daba por cometer niñerías increíbles con los demás, sobre todo con los Hermanos jóvenes. Cuando se apoderaba de él esta manía de hacer tonterías, no podía contenerse ni guardar el silencio y recogimiento propios de un religioso, de modo que hasta en la oración se reía y molestaba a los demás Hermanos. Sus manías alcanzaron tales proporciones que sembró el desorden en la comunidad, y el Padre Champagnat, que había hecho tantos esfuerzos para conservarlo en el Instituto, se vio obligado a despedirlo¹². Al tomar una decisión que tanto le dolía, pronunció estas palabras que nunca deberían olvidar los Hermanos de María: “Éste ha de ser el trato para aquellos que se aparten de la obediencia y sigan su criterio propio.” Y, al tiempo que pronunciaba estas terribles palabras, cerró la puerta tras el desdichado Hermano.

La salida del Hermano Juan María fue seguida de la del Hermano Esteban Roumesy¹³, no menos valioso y casi tan querido para el Padre Champagnat. Era también uno de los primeros Hermanos. Al principio, piadoso y apegado a su vocación, realizó un bien inmenso en las escuelas en que había sido destinado. Su celo por la instrucción cristiana de los niños, su caridad para con los pobres y huérfanos sobrepasaba todo elogio y le habían granjeado el respeto y afecto de todos.

Pero la virtud degenera pronto en vicio si no está regulada por la obediencia. El apego excesivo de este Hermano a ese tipo de obras fue la causa de su perdición.

Hacía algún tiempo que el Padre Champagnat, abrumado de trabajo, había retirado al Hermano Roumesy de la enseñanza llamándolo a la casa madre para encomendarle la dirección, las obras y la administración. Retirado inesperadamente y contra su voluntad de aquellas obras por las que sentía un especial atractivo, el Hermano lo sintió tanto que cayó enfermo. Por lo demás, desempeñó deficientemente el nuevo empleo que le habían encomendado, y no precisamente por falta de aptitudes, ya que tenía especial talento para la administración, sino porque no se encontraba a gusto en ella y añoraba sus anteriores ocupaciones.

En esto, un sacerdote¹⁴, con el que mantenía frecuentes relaciones, tuvo la idea de fundar una congregación, cuya finalidad iba a ser la instrucción de niños huérfanos y abandonados. Hacía ya tiempo que había comunicado su intención al Hermano Roumesy y le había ofrecido ponerlo al frente de la comunidad que pensaba fundar¹⁵.

El Hermano, a quien agradaba mucho tal proyecto, habló de él al Padre Champagnat y le rogó que le dejara seguir la inclinación que sentía por ese género de vida. El buen Padre le respondió: “Mire, Hermano, si la Providencia lo hubiera querido en esa nueva comunidad, no le habría llamado a la nuestra. La voluntad de Dios es que permanezca donde está, y la idea de cambio es una peligrosa tentación del demonio, que usted debe rechazar. Para abandonar una vocación, incluso si es para abrazar otra más perfecta, se necesitan señales extraordinarias, que nos convencieran de que ésa es la voluntad de Dios. Y estas señales extraordinarias deben ser reconocidas y avaladas no por el interesado, que se siente inclinado a otra forma de vida, sino por su Superior; pues las acciones de un religioso, para que sean gratas a Dios, han de llevar el sello de la obediencia. Quien se aparta de esta norma de conducta para seguir sus propias luces, se convierte en juguete del demonio, cae en la utopía y se pierde.”

Como quiera que estos consejos acertados no hacían mella en el ánimo del Hermano, el Padre le dijo: “Hermano, le prohíbo formalmente que siga pensando voluntariamente abandonar su vocación. Si sigue usted acariciando ese proyecto, Dios lo abandonará y le entregará a su capricho, se ofuscará, perderá su vocación y acabará mal.”

Al oír estas palabras, el Hermano se entristeció y se volvió taciturno. Pocos días más tarde se fugó sin decir nada al Padre Champagnat y fue a casa del sacerdote que lo había encandilado, el cual lo recibió con los brazos abiertos. Pero como *en vano construye el hombre, si Dios no construye con él*¹⁶, muy pronto terminaron ambos por no

entenderse, y apenas habían transcurrido dos años, tuvieron que abandonarlo todo. El Hermano Roumesy, conforme se lo había advertido el Padre Champagnat, fue un desgraciado. Su vida fue una cadena de tribulaciones, aflicciones y pesares de toda clase.

La pérdida de estos dos Hermanos causó profunda tristeza al piadoso Fundador, pues eran los únicos con los que podía contar para ayudarle en el gobierno del Instituto. En efecto, ambos Hermanos, llegados a la edad de la madurez, con la experiencia que da la dirección de las escuelas y con muchas cualidades para resolver problemas y dirigir a los Hermanos, estaban en condiciones de prestar grandes servicios a la congregación. Pero al dejarse arrastrar de sus ilusiones personales, ambos perdieron su vocación por idéntico motivo, es decir, por falta de obediencia.

Nuestro Señor, que quería probar la virtud de su siervo, le tocó en lo que más quería: las dos personas más capacitadas, los únicos en los que podía descargarse de la administración, lo abandonaron a la vez y se fueron al mundo. Su pérdida le resultó tanto más sensible, cuanto más necesarios y queridos le eran y más costosa le había resultado su educación e instrucción. Pero Dios permitió que sucediera esto para mostrarle que sólo debía contar con su Providencia y que únicamente en él debía cifrar su confianza.

* * *

También por ese mismo tiempo, el buen Hermano Luis fue violentamente tentado contra la vocación. La facilidad que tenía para el estudio y el amor que tenía a Nuestro Señor despertaron en él deseos de estudiar latín y abrazar el estado sacerdotal, para poder dar mayor gloria a Dios y unirse más a menudo a Jesucristo.

El Padre Champagnat, a quien se confió, le dijo que era una trampa del demonio, pues, envidioso de su virtud, trataba de engañarlo con el pretexto de una vida más perfecta, para impedir el bien que estaba haciendo. “Querido amigo, prosiguió el Padre, para amar a Jesucristo y ganarle almas no es necesario ser sacerdote. En su santa vocación puede usted estudiar, amar e imitar al divino Salvador tan perfectamente y con más facilidad que en cualquier otro estado. En ningún otro lugar puede hacer mayor bien, pues no existe obra más excelente que enseñar el catecismo a los niños, formarlos en la piedad, prepararlos para la primera comunión y conservarlos en la inocencia.”

Pese a estos oportunos consejos, la tentación del Hermano crecía; y hubiera sucumbido de no haber sido hijo de obediencia. El Padre, que era consciente de su docilidad, al verlo preocupado por estos pensamientos, lo llamó a su cuarto y le dijo: “Hermano Luis, estoy convencido de que ésta es su vocación, y que la voluntad de Dios es que continúe en ella. Por eso le prohíbo que piense en estudiar latín.”

A pesar de todas las resistencias de la naturaleza, el Hermano Luis, que era humilde, acató esta prohibición. Y por extraño que parezca, pero que debe considerarse como consecuencia de su docilidad, desde ese día no volvió a verse asaltado por esa tentación. *El hombre obediente alcanzará victoria*¹⁷, dice el Espíritu Santo.

El buen Hermano pudo comprobarlo: no sólo triunfó de ese enemigo y recuperó la paz y el sosiego que había perdido, sino que además, con el amor y gusto por su vocación, recibió también el fervor y la unción de la gracia, que lo impulsaron a avanzar rápidamente en el camino de la perfección y la práctica de todas las virtudes de su estado.

Así fue como la obediencia mantuvo al Hermano Luis en su vocación y le alcanzó la gracia de morir como predestinado, según veremos pronto. El orgullo, sin embargo, y la falta de sumisión de los otros dos Hermanos, al hacerles abandonar la vocación, los hicieron desgraciados y los arrojaron a un camino lleno de riesgos para su salvación.

- ◆
- ¹ Esta carta no ha sido hallada ni en AAL ni en los escritos pertenecientes a Mons. de Pins (cfr. OM 2, doc. 757, pág. 793, nota 2)
- ² Muy al contrario, el P. Champagnat se preocupaba de formar a los Hermanos, sobre todo por medio de cursillos durante las vacaciones, que, en 1833, causaron admiración al inspector Dupuis (cfr. AA, págs. 98-99 y RLF, pág. 107).
- ³ El arzobispo tenía ya ciertas sospechas acerca del señor Courveille. El 25 de agosto de 1825 le había aconsejado que se moviera menos y que “de momento se limitase a la obra de los Hermanos Maristas, y que lo demás estaba fuera de lugar” (OME, doc. 38, pág. 108).
- ⁴ En el texto de la segunda edición el autor identificará al señor Cattet, Vicario general, con el autor de la visita.
- ⁵ Se ha reprochado muchas veces al Padre Champagnat el afán de construir demasiado. Pero los candidatos eran cada vez más numerosos (cfr. OME, documento 65 (1), pág. 151). A su muerte había recibido un total de 500 postulantes, de los cuales 280 eran Hermanos y 49 ya habían fallecido como tales (cfr. AA, pág. 316).
- ⁶ OME, doc. 171 (24), pág. 473.
- ⁷ En cuanto se publicó el libro, el Padre Favre, Superior General de los Padres Maristas, escribió al Hermano Francisco, el 17 de septiembre de 1856, una carta en la que expresa su desacuerdo respecto a este episodio concerniente al señor Courveille, que vivía aún como benedictino en Solesmes (OM 2, doc. 757, página 763). Inmediatamente, el Hermano Juan Bautista, en la segunda edición, modificó el texto de este modo: “El señor Courveille, que veía defectos por doquier, que se lamentaba de la falta de piedad y regularidad en la casa, que juzgaba demasiado imperfectos a los Hermanos y novicios, se vio comprometido él mismo en un asunto escabroso que no es necesario recordar ahora. Poco después fue a hacer un retiro a la Trapa de Aiguebelle; pero, en lugar de abrir los ojos ante sus errores y reconocer lo que había de reprehensible en su comportamiento, se ratificó en su visión de las cosas y en su fatua pretensión de gobernar él solo. Escribió, pues, una carta, en la que se quejaba amargamente de que no se le tributaba el honor que le era debido. Y concluía diciendo que no regresaría al Hermitage mientras no le prometieran formalmente reconocerlo como primer Superior de los Hermanos, tratarlo como a tal, y dejarle plena autoridad par gobernar la comunidad como bien le viniera. Entretanto, llegó todo esto a oídos del señor arzobispo, y con su parecer favorable, el Padre Champagnat y el señor Terrailon le escribieron conjuntamente que se quedara en la Trapa, si se hallaba a gusto en ella; pero que de ningún modo se le ocurriese regresar al Hermitage.”
- ⁸ El Hermano Juan María, LPC 2, págs. 292-301 y OME, doc. 166, pág. 443.
- ⁹ En los Anales de Bourg-Argental, el Hermano Avit relata así los hechos: “Al cabo de un año, al Hermano Juan María se le metió en la cabeza irse a la Trapa. Marchó sin decir nada a nadie, y dejó las dos clases con 200 alumnos al subdirector, de 15 años”, que era el Hermano Juan Bautista (cfr. AFM, 213.85 página 4).
- ¹⁰ Para fijar la fecha de esta fuga, véase LPC 2, pág. 300 y nota, OM 4, página 294, nota 2.
- ¹¹ El inspector Guillard visita oficialmente la escuela de Bourg-Argental el 23 de abril de 1822. En el informe que presenta al rector de la Universidad, hace constar, por informaciones del señor Colomb: “Que el Hermano Director, al que vi ayer en Bourg-Argental, fue granadero de la guardia imperial, y que, el Jueves Santo, permaneció arrodillado ante el Santísimo desde las 8 de la tarde hasta las 8 de la mañana” (OME, doc. 19 (5), pág. 74).
- ¹² AA, pág. 66.
- ¹³ LPC 2, págs. 288-290.
- ¹⁴ Se trata del señor Colomb. Cfr. Actas del Consejo de Mons. de Pins, del 1º de marzo de 1826 y del 15 de marzo de 1826, citadas en LPC 2, pág. 290
- ¹⁵ LPC 2, pág. 290
- ¹⁶ Sal 126, 1.
- ¹⁷ Sal 21, 28.